

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Consideraciones oportunas

La cuestión social

No es solo programa político el que trae la democracia, trae también programa social.

Ha sido un progreso: al fin se ha caído en la cuenta que los hombres se alimentan de algo más de libertades públicas.

Que un pueblo, empachado de libertad, se muera de hambre, o arrastre una vida miserable, no es para enaltecer una civilización, ni para glorificar un progreso.

Por esto, al número de reivindicaciones políticas se añadieron reivindicaciones sociales.

Al principio se encerraron en esta fórmula de bárbaro lenguaje: el reparto social.

¡El reparto social! por la manera de decirlo, y por el contenido que se le daba parecía más bien el léxico de una cuadrilla de foragidos.

La democracia lo entendió así, y cambió la fórmula. Pero aunque no lo quiso reconocer, ni confesar, hubo de emplear el único lenguaje digno, inspirado por la Iglesia a sus hombres sociales, y desde entonces nos habló de «distribución equitativa de la riqueza».

Pero la Iglesia se había ya anticipado al socialismo, no solo en dar expresión a la fórmula, sino en pedir su aplicación, y en llevarla a la práctica en la medida y extensión que pudo.

¿Que un trabajador debe sacar de su trabajo lo necesario para vivir, y no él solo su familia también? La Iglesia fué quien primero lo dijo.

¿Que todo trabajador honrado debe estar cubierto del hambre en los años de la vejez y en los días de enfermedad? La Iglesia lo dijo antes que nadie.

¿Que en la medida de lo posible había que procurar la nivelación de los hombres no achicando a los grandes, que no puede hacerse sin injusticia, sino engrandeciendo a los pequeños,

que es justicia, caridad, progreso?

La Iglesia y siempre la Iglesia fué quien primero lo inspiró.

Fuó de la savia de la Iglesia de donde brotaron los Sindicatos, las Cooperativas, las Cajas de ahorro, los seguros contra el paro forzoso, contra la enfermedad y contra la vejez todo eso que hubiera llevado el bienestar y la paz a todos los proletarios.

¡Peregrinando...!

Caminante, ¡caminante!,
que es lo que hay allá adelante,
anda, dí:
dime si es que crecen flores,
si hay tristezas, si hay dolores,
si hay dolores para mí..

Peregrino, ¡peregrino!,
dime que hay en el camino
que no me atrevo a cruzar:
dime si, para los bardos,
se reservan aun los cardos
que a tí te hicieran sangrar...

Dime, peregrino:
¿La Basílica es muy bella?
¿Es cierto que hay una estrella,
que guía a ella?
¿Dan limosna en el camino?
¿Hay en él canes rabiosos?
¿P' drán andarlos mis pies ya tan llagados? (sos?)

Peregrino de la vida, ¡peregrino!,
menos mal si es una estrella tu destino.

ANTONIO VAZQUEZ DOCAMPO

Estudios Sociales

PARA LA MUJER CATÓLICA

El lujo

«El lujo», señoras mías, nos está esclavizando de una manera ignominiosa, y es necesario declararles guerra sin cuartel, con todas las energías de que somos capaces las mujeres españolas cuando nos empeñamos en una cosa, y lo conseguiremos si cada cual pone de su parte, no ya lo que puede, sino lo que debe.

El nuevo régimen de costumbres nos hace entrar en una vida insostenible por los compromisos tiránicos sociales, cuyo cumplimiento exige dispendios enormes, cuya satisfacción no es sino

como un grandísimo desequilibrio económico.

El mantenerse una dentro de la esfera de su posibilidad, según su posición social es una prudencia salvadora, aun cuando exija no pequeña abnegación.

Nunca como hoy, precisa que la mujer sea correcta en el vestir, en el trato de la sociedad y en el templo, y éste, porque bajo este triple aspecto es donde más cunde la desmoralización con indecibles perjuicios para la salud del cuerpo, y descontado que para la del alma.

Y es un detrimento del porvenir de la mujer misma, porque asustados los hombres dicen claramente que no se casan, porque les espanta el tener que atender lo que ellos llaman «capricho» y «monerías de las mujeres».

Contra esto que ofende la dignidad de la mujer, debe ésta protestar, no ya oponiendo a esa acusación, el hecho más denigrante de que el hombre en su «porte», en su «vestir» y «hablar», parece querer desertar de la sociedad de su sexo, sino afirmando la dignidad propia del nuestro, vistiendo elegantemente, cierto, si los medios de fortuna lo permiten y las exigencias lo imponen; pero con sencillez, sacudiendo la tiranía de una moda que sin dar mayor esbeltez al cuerpo, arruina el cuerpo y el alma.

MENIMA

Morir de vergüenza

Ps... Ps... Es a tí, monísima... elegantísima... Si a tí, la del sombrero de plumas empingorotadas, la del traje ceñido y corto, la que luce al andar los diminutos zapatos recorridos y enseña la media trasparente que oíne y deja contemplar la misma carne.

Es a tí, doncella... doncella que te llamas cristiana... porque ¿tú te honras con ese apellido...? Oyeme, pues, que voy a contarte, no un cuento, sino una historia.

Te la referiré en pocas palabras, pero ven aquí conmigo; penetra conmigo en este gabinete oculto, donde solo Dios nos vé, porque en medio de la calle estamos mal. Pasa a tu lado la juventud y posa en tí sus miradas de fuego. Eso, aunque te halaga, te turba, porque tales miradas no son las propias del varón que ve un rostro hechicero de mujer; no, niña preciosa, porque los ojos de la juventud que transita apenas se fijan en tu rostro, sino en otras cosas que, precisamente porque debieran ir ocultas, mueven a malsana curiosidad cuando se muestran. Las miradas que se clavan en tí son como las del hambriento en el manjar delicado, como las del odioso en la presa que ansía... Por eso aunque esas miradas te halagan, te turban, y a mí me distraen. Ni vas a poner atención en lo que te refiera, ni yo podré contártelo con calma. Ven, pues, al lugar solitario, donde no hay más testigos que Dios, y escucha.

Hubo hace ya muchos años una joven muy bella y muy buena, pero ciega.

Todo el mundo la compadecía por su ceguera; pero ella la daba muchas gracias a Dios de que la hubiera privado de la vista, porque así—decía la joven—veía siempre una Luz que valía más que la del Sol.

Era la muchachita muy pobre y vestía tosco traje, aunque una amiga suya muy rica, llamada Inés le hubiera querido dar otro mejor. Para ella el traje valía poco. Sabía que a su Esposo le agradaba ella con tal vestidura, y eso le bastaba.

Pues bien, a esta buenisima joven la hizo prender cierto prefecto llamado Tértulo—algo así como un gobernador malo de provincia, —y que la llevaran a su presencia.

Cuando iban a introducirla en el salón donde la autoridad liberal de aquel tiempo se hallaba, ordenó el prefecto que todo el mundo guardara completo silen-